

por Margarita Quesada

La certeza de lo exclusivo es lo que nos separa del mundo y crea una distancia que nos hace sumamente atractivos. Un monje es algo único, algo que tensa nuestra capacidad de asombro. Vivir bien es primordial, o quizá no.

Escribí estas frases en medio de la noche, después de leer un capítulo en el que Antonio narra su vivencia en el monasterio de Iviron. Eran muchas mis preguntas. Tras las huellas de Heródoto, a mi juicio, marcó una primera línea entre el yo vivido del autor y el yo que observábamos a través de sus páginas y de sus fotografías sin que apenas se notase la cadencia de notas que se intercalaban hábilmente entre una y otra mirada. A menudo, leo escritos de personas que no se paran a saber qué impresiones les causa tal o cual acción. Miran sin ver. Son como miradas anónimas de su propia vida. En cambio el autor, con gran valentía y desparpajo, ha concentrado su voz en una auténtica algarabía de sentimientos y descripciones que nos conducen hasta el regocijo de una literatura testimonial. La experiencia de Antonio en Athos me lleva a pensar en una dualidad. Exteriormente se le podría tachar de discreto e incluso rígido, pero en ese ambiente de excelsa masculinidad surge un Antonio más sincero, más adecuado a la austeridad que requieren sus normas y por ende, más al descubierto. Es una especie de desdoble, de mestizaje.

En los primeros momentos del Cristianismo, los discípulos de Jesús no solo tenían un testimonio que dar, también se sentían especiales y únicos. La palabra era elegidos. Quizá todo el mundo necesita de un ambiente de exclusividad hecho a medida para sentir esa elección, muy diferente de la predilección por un lugar o una tierra. La predilección tiene que ver con el amor, la elección con la sabiduría y el ansia de conocimiento. Aunque en Antonio impera el respeto y la admiración hacia esa vida de escasos privilegios

que paradójicamente encuentra privilegiada, no puedo dejar de pensar en su inusual elección. De nuevo Heródoto, por el que sí siente predilección absoluta, encuentra la explicación a mi pregunta.

*Heródoto era un hombre profundamente religioso, como la inmensa mayoría de los griegos, pero su relación con la divinidad tenía que ver más con un temor, con un respeto reverencial y un cumplimiento estricto de los ritos para evitar la ira de los dioses.*

Dejando a un lado clichés religiosos, es cierto que durante generaciones hemos sido educados en la seguridad de hablar un mismo lenguaje, pero en algún momento de la historia se puede hacer uso de esa elección y renunciar al legado que nos hace ser hijos de nuestros padres, de nuestra época, del círculo que constituye toda nuestra existencia. Si sucede en la adolescencia puede adquirir matices de cambio sin que lleguen jamás a producirse, cuando ocurre en la madurez el cambio es inevitable.

*Si las epopeyas homéricas fueron la estructura sobre la que la civilización griega alcanzó tan impresionante elevación, a través de la filosofía el hombre se atreve por vez primera a separarse de los dioses para explicarse el mundo.*

Las palabras de Antonio me recuerdan a una frase conocida de Marguerite Yourcenar, “cuando los dioses ya no existían y Cristo no había aparecido aún, hubo un momento único, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, en que solo estuvo el hombre”. Y aparece la eterna pregunta, ¿el hombre necesita a Dios o solo necesita de si mismo, a pesar de Dios?

A cualquier escritor que le guste contar historias, narrar un principio, un final y una moraleja, conocer las vidas de los que sirvieron como ejemplo para cambiar el curso de los acontecimientos y escribir sobre ello, sabe reconocer la verdad. Aunque las normas de un convento no sean acordes a la falta de creencias de las que habla abiertamente Antonio, todo lo que asume y el modo en que lo vive es verdad.

*Tampoco yo alcanzo a concebir el planteamiento completo, pero me basta con pensar que estas personas renuncian al mundo terrenal porque entienden que su tránsito por la vida no los debe desviar de lo que realmente importa, que es la eternidad.*

Hace unas semanas avisé al autor de la naturaleza de mi sorpresa, y mi interés en descubrir y describir las verdaderas razones que le llevaron a destacar en su libro dicha experiencia. Él me dijo que de alguna manera lo había intentado justificar.

*Tengo suficiente con la admiración que los monjes me despiertan, un sentimiento que me lleva hasta el reconocimiento y la consideración hacia ellos. Viven en la máxima congruencia, manteniendo el mismo tipo de vida desde hace 1500 años; quienes hemos cambiado somos nosotros.*

Sin embargo, no me quedé con esa frase. Convertida en una arqueóloga de película, buscaba el tesoro obtenido. La convivencia, la hospitalidad, el contacto con otras personas en el interior de sus casas, de sus celdas, de sus espacios tan profundamente vividos comporta un intercambio, una pieza sólida con la que regresar a tu mundo después de haber dejado parte de tu tiempo allí. El valor que le das es algo tan tuyo como tu propia familia, sobre todo para un hombre como Antonio. Me dijo que en su caso no había sido necesario, pero las palabras escritas nunca son vacuas, ellas deciden tu futuro y el futuro es lo único que no es tuyo.

*De repente me encontré solo, en el mismo lugar y en el mismo estado que antes de comenzar mi periplo por Athos. Caminé desconcertado por las terrazas de los restaurantes, llenas de personas que tomaban un helado o un café. Qué diferente era ahora el panorama, después de una vivencia bastante más enriquecedora de lo que podía prever. Me llamó la atención que hubiera mujeres y me dio la impresión de haber estado mucho más tiempo sin verlas... Me iba a transformar, de hecho ya lo estaba haciendo, pero aún no sabía cómo ni cuánto.*